

refiere al culto y a las relaciones de los hombres con la divinidad; II. El arte de vivir, que se refiere a la búsqueda de la felicidad en esta vida; III. Imágenes del matrimonio, de la familia y del niño. IV. Esclavos y libertos. Al final se incluyen tres índices: analítico, onomástico y de textos citados.

Sobre el presupuesto pedagógico de estos *Documentos*, parece claro que los AA. no pretenden ofrecer un tratado sobre la civilización greco-romana del siglo I. Subrayan la finalidad de querer mostrar cómo el Nuevo Testamento no es una palabra intemporal, sino que ofrece puntos de contacto con la literatura de su tiempo. Precedidos de cortas introducciones, los textos, con breves notas explicativas, reflejan la religión, la vida, la familia y las condiciones sociales del Imperio romano. Con cierto tono conciliador y sin acentuar el conocido aspecto decadente —aunque sí haciendo referencia a él— se resalta más bien, allá donde es posible, los aspectos positivos que podían descubrirse en la vida de algunos hombres de aquel mundo mediterráneo. Los AA. optan por destacar los posibles puntos que habrían de permitir la penetración del cristianismo, cuya novedad en algún momento hubiera podido hacerse notar, para evitar —dado el carácter divulgativo de la publicación— alguna posible confusión en un lector no especializado. Al presentar, por ejemplo, un texto de Epicteto bajo el título «Somos hijos adoptivos de Dios», quizá hubiera sido útil hacer breve mención de la radical novedad de la filiación divina que Cristo nos ganó. La idea de la que parten los autores al comparar el NT con la literatura greco-latina se resume en estas palabras: «más que de préstamos en el sentido propio de la palabra, hablemos del hecho de que ambos beben del mismo fondo mediterráneo, un fondo que es

por otra parte menos religioso que ético. Más pronto o más tarde, a pesar de sus diferencias considerables, el lenguaje de los unos encuentra eco en los otros y viceversa. Por eso, algunos siglos más tarde, se producirá una cristianización de la sociedad antigua y una helenización del cristianismo» (p. 6). Independientemente de esa opinión, más o menos discutible, los textos escogidos serán de gran utilidad para aquéllos que quieran confrontar e ilustrar la nueva fe con el mundo en la que inició su expansión.

J. Chapa

Robert GRANT, *Gods and the One God. Christian Theology in the Graeco-Roman World*, Ed. SPCK, London 1986, 211 pp., 13,5 x 21,5.

El Autor es profesor de Nuevo Testamento y Cristianismo antiguo en la Universidad de Chicago. Ha publicado en 1966 el libro titulado *The Early Christian Doctrine of God* (Charlottesville, USA), que junto a las obras de G. L. Prestige y J. Daniélou es una de las monografías más importantes para conocer la doctrina cristiana sobre Dios en los primeros siglos.

El presente volumen describe en términos históricos y doctrinales el encuentro del monoteísmo cristiano, basado en el Dios vivo de la Revelación bíblica, con los cultos de las religiones paganas. Es un libro predominantemente descriptivo, en el que se hacen sin embargo acertadas valoraciones acerca del diálogo Helenismo-Cristianismo y de la originalidad de las doctrinas cristianas.

La primera parte expone la concepción paulina de Dios que se refleja en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* y los aspectos centrales del politeís-

mo tal como se presenta en el siglo I. La segunda parte se ocupa de la crítica que el Evangelio dirige a las creencias paganas. La parte tercera —que lleva el título de *Basic Doctrines*— habla a un nivel más teórico que las anteriores de la llamada doctrina filosófica de Dios (Presocráticos, Jenófanés, Plutarco, Platonismo medio) y de la teología de los autores cristianos de los siglos II y III.

El Autor lee e interpreta sus fuentes con excelente criterio, sale al paso de opiniones niveladoras, restos de la escuela de las religiones comparadas, pinta la drástica denuncia cristiana de la idolatría, y ofrece en conjunto un cuadro solvente que acentúa los rasgos originales del Cristianismo y muestra con acierto los influjos enriquecedores que la teología de la Iglesia pudo derivar del helenismo sin contaminar sus principios y creencias.

J. Morales

Paul WENDLAND, *La cultura ellenistico-romana nei suoi rapporti con giudaismo e cristianesimo*, Paideia Ed. («Biblioteca di storia e storiografia dei tempi biblici», 2), Brescia 1986, 421 pp., 15,5 x 23.

Se trata de la reedición de la obra principal del filólogo alemán Paul Wendland, que había conocido su tercera edición en 1912. Heinrich Dörrie preparó en 1972 la reedición alemana, añadiendo treinta páginas de bibliografía selecta, y ahora aparece la correspondiente traducción italiana hecha con pulcritud por Giulio Firpo, quien, a su vez, ha preparado un nuevo apéndice bibliográfico de casi cuarenta páginas, para cubrir el período transcurrido desde la edición de Dörrie.

Esta obra fue considerada en su día en ambientes racionalistas como una síntesis en lo que se refiere sobre todo a la descripción del ambiente cultural y religioso en que se desarrolló la primitiva comunidad cristiana. Se describen las diversas manifestaciones de la cultura helenística: concepción del estado, corrientes de pensamiento, ideales y praxis educativa, influencia de las instituciones y talante romano, para llegar, finalmente, a la descripción de las influencias que el Autor cree encontrar entre el helenismo y judaísmo (capítulo 9) y helenismo y cristianismo (capítulo 10). El estudio es fruto de su época en el modo de acercarse al fenómeno cristiano.

El Autor, próximo a Harnack, se muestra más prudente que otros contemporáneos en el modo de comparar cristianismo y helenismo, y reconoce la originalidad de muchos aspectos del mensaje cristiano, pero tiende también a interpretar con ligereza algunas semejanzas formales como préstamos que el cristianismo habría tomado de la cultura helénica. Investigaciones posteriores han demostrado la necesidad de matizar todas estas afirmaciones que nacieron de una historia comparada de las religiones todavía demasiado primitiva. De hecho, el editor alemán, Dörrie, ha decidido suprimir en esta edición la parte dedicada a las formas literarias protocristianas por considerarla superada en el estado actual de las investigaciones. Nos hubiera gustado ver de su excelente pluma una introducción más amplia en la que hubiera podido aclarar estas cuestiones: habría ganado la edición, tan cuidada, por otra parte, en el aspecto bibliográfico y aun tipográfico.

J. L. Lorda